

La cuesta de los Saponari

NEFELIBATA



OTROS LIBROS DE LA AUTORA
EN DUOMO EDICIONES:

Arena negra
La lógica de la luz

CRISTINA CASSAR SCALIA

La cuesta de los Saponari

Traducción de Montse Triviño



Duomo ediciones

Barcelona, 2024

Título original: *La Salita dei Saponari*

© 2019, Giulio Einaudi editore s.p.a., Turín

Publicado con el acuerdo con Grandi & Associati.

© de la traducción, 2024 de Montserrat Triviño González

© de esta edición, 2024, por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2024

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19834-06-5

Código IBIC: FA

DL B B 2603-2024

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*A mi padre,
el mejor que podría haber deseado*

Yo, como había prometido, he llevado la corona de flores y de vez en cuando me acerco por allí, a verme muerto y enterrado. Algún curioso me sigue de lejos; luego, en el camino de vuelta, se une a mí, sonrío y —reflexionando sobre mi naturaleza y condición— me pregunta:

—Pero, en definitiva, ¿usted quién es, si puede saberse?

Me encojo de hombros, entorno los ojos y le contesto:

—Ay, amigo... Yo soy el difunto Matías Pascal.

LUIGI PIRANDELLO*

* Pirandello, L., *El difunto Matías Pascal*, Barcelona, Cátedra, 1998. (Edición y traducción de Miquel Edo).

1.

Lella Canton despegó la nariz de la ventanilla y echó un vistazo a las fotos que había hecho con el teléfono. Un par de ellas, sin duda, despertarían en Instagram la envidia de todas sus compañeras. Cielo despejado, ni una sola nube, horizonte perfecto... En los últimos diez minutos, ante sus ojos habían desfilado primero las islas Eolias y luego el estrecho de Messina: el paisaje, en fin, más maravilloso que había visto jamás. La montaña majestuosa, la roca negra salpicada de nieve y el penacho de humo en la cima. Casi intimidaba.

El avión había despegado a las seis y media del aeropuerto de Malpensa, en Milán, y en ese momento, sacudido por las ráfagas de viento que estaban retrasando el descenso hacia el aeropuerto de Fontanarossa, en Catania, trazaba círculos en torno al volcán. Con cada giro cambiaban las vistas: mar, montaña, de nuevo mar, montaña otra vez.

El piloto anunció que aterrizarían al cabo de pocos minutos, que el tiempo era sereno y la temperatura de seis grados.

Lella sopesó la chaqueta ligera que se había traído como única prenda de abrigo para aquel primer viaje de trabajo —tras descartar sin miramientos todas las alternativas más gruesas porque, total, ¡en Sicilia siempre es primavera!— y se dio cuenta de lo ingenua que había sido.

Esperó a que el avión tocara tierra y luego se apresuró a

abrir la aplicación del tiempo con la esperanza de encontrar noticias más alentadoras. Estaba convencida de que la temperatura subiría durante el día, pero no: mínima cuatro grados, máxima nueve. Y, por si eso fuera poco, nubes a la vista y posibilidad de chubascos.

La empresa farmacéutica para la que trabajaba desde hacía diez años como visitadora médica en su región, o sea, Véneto, acababa de ascenderla a directora de zona y le había asignado la única región disponible: el sur y las islas. Un cambio bastante radical que Lella había aceptado de mala gana, pero sin dudarlo. En épocas de vacas flacas, le parecía casi inmoral rechazar un ascenso —acompañado de un considerable aumento de sueldo— solo porque implicaba un cambio de zona.

Antonino Falsaperla, el visitador médico siciliano con el que había viajado, se despertó al notar la sacudida del avión al aterrizar y se desabrochó al instante el cinturón de seguridad.

—¡Ya estamos! Voy a coger las maletas —dijo, al tiempo que se levantaba de un salto para adelantarse a los demás viajeros y ser el primero en abrir el compartimento del equipaje de mano.

Lella echó un vistazo al exterior. Estaban parados junto a otro avión y ya había una lanzadera esperando. No entendía a qué venían tantas prisas.

—Supongo que tendremos que esperar. No creo que ese autobús sea solo para nosotros.

—Al menos seremos los primeros en subir. —Antonino consultó el reloj con expresión contrariada. Llevaban media hora de retraso respecto a la agenda del día—. Si se *arreducian* a abrir las puertas, a lo mejor hasta nos da tiempo de desayunar.

Lella meditó sobre el término *arreducirse* y dedujo que más o menos debía de significar «darse prisa».

Antonino bajó las dos maletas de mano y se puso la chaqueta, una parka superacolchada con capucha ribeteada en piel,

la misma con la que se había enfrentado durante tres días al gélido norte de Italia. Le cedió el paso hacia la salida.

El viento era tan fuerte que sacudía la escalera bajo sus pies, y tan frío y húmedo que a Lella le bastó dar unos cuantos pasos para notar pinchazos en la cabeza. Buscó inútilmente en el bolso el gorro de lana que solía llevar para cualquier eventualidad, con la esperanza de no haberlo eliminado al reorganizar el equipaje para viajar al sur. Por desgracia, había hecho un trabajo muy riguroso.

Por otro lado, la única versión que Lella Canton conocía de Sicilia era la veraniega. Siete días en la playa en la región de Trapani, con la inevitable excursión a las islas Egadas. Treinta y cinco grados día tras día y un sol capaz de derretir las piedras. El tiempo en noviembre, por lógica, debía de ser suave.

—La verdad es que este frío no es muy normal —se disculpó Antonino, casi consternado.

Pues vaya suerte, ¿no? Llegaba la nueva jefa y ¿cómo la recibía la ciudad? Con un frío que ni en enero. Peor que en Brianza.

La lanzadera, llena hasta lo inverosímil, arrancó bruscamente y en cuestión de minutos descargó a la mitad de los pasajeros de aquel vuelo ante la terminal de llegadas nacionales.

Lella apretó el paso y siguió a Antonino, que zigzagueaba por el pasillo. En las paredes se alternaban ampliaciones fotográficas de monumentos barrocos, imágenes de espléndidas bahías y anuncios publicitarios. Al fondo, un panel con fotos de Pirandello y las inevitables citas.

Fuera de la zona de embarque, y pese a que solo eran las ocho de la mañana, el caos era considerable. A la derecha, bajo la escalera mecánica que llevaba a la terminal de salidas, decenas de turoperadores y chóferes provistos de carteles; y delante de las puertas acristaladas, un gran despliegue de parientes que esperaban ansiosos: familias enteras, niños, ancianos... Una

sensación de calor humano que, muy a su pesar, ni siquiera la reservada Lella Canton pudo pasar por alto.

Falsaperla engulló dos cruasanes y dos cafés en cinco minutos, el tiempo que su directora de zona tardó en beberse un zumo de naranja. Luego se dirigió a la salida y, de ahí, al aparcamiento en el que había dejado el coche tres días antes.

Una ráfaga de viento helado azotó a Lella, que se arropó como pudo con la única bufanda que llevaba.

—¿Está muy lejos? —preguntó, mientras correteaban por una acera flanqueada por fotografías que, comparadas con las de la terminal, parecían pósteres. Ragusa, Noto, Taormina...

—No, casi hemos llegado —respondió Antonino, al tiempo que señalaba un aparcamiento de dos plantas.

Pagó y precedió a la directora hacia una entrada con barrera. Se paró y echó un vistazo a su alrededor.

—A ver si me acuerdo de dónde lo dejé... Joder, es que últimamente vengo al aeropuerto día sí y día también y me lío a la hora de encontrar el coche. Pero me parece que era por aquí.

Lella lo fulminó con la mirada. Ella castañeteando de frío y el otro perdiendo el tiempo. Pero claro, él iba tan abrigado que habría podido pasearse tranquilamente por el Polo Norte. Menos mal que estaban a cubierto. Llegaron a un pasillo y lo recorrieron hasta encontrar el Renault Scenic gris al final.

Mientras Antonino se felicitaba por haber encontrado el coche a la primera y metía el equipaje en el maletero, Lella se fijó en una enorme berlina oscura, con las luces encendidas, que estaba en diagonal delante de ellos.

—¿Será posible cómo aparca la gente? —farfulló, mientras pensaba que esas cosas solo pasaban en el sur.

Movida por la curiosidad, se acercó al lado del pasajero, deslumbrada por los faros, y echó un vistazo al interior.

Pegó un grito que se oyó hasta en la cumbre del Etna.

2.

Salvatore Fratta, más conocido como Bazzuca, había salido por piernas. Cuando la unidad de los Catturandi —los «cazadores» de mafiosos— de la Policía Judicial de Palermo había irrumpido en la madriguera en la que el prófugo de la justicia se había estado ocultando en los últimos tiempos, ya no había ni rastro de él.

En circunstancias normales, la subcomisaria adjunta Giovanna Garrasi, más conocida como Vanina, no habría participado en aquella operación. Por decisión propia, Palermo ya no era su jurisdicción desde hacía ya casi cuatro años. Como tampoco lo era, y también por decisión propia, la SCO, la Sección del Crimen Organizado.

Vanina dirigía la unidad de Delitos contra la Persona, lo que en otros tiempos se llamaba «Homicidios», en la Policía Judicial de Catania. Advertida con tiempo por su exbrazo derecho Angelo Manzo, el día de la operación para detener a Bazzuca se había presentado en su antiguo despacho y había solicitado participar, lo que había provocado las iras de media jefatura palermitana. Al final, sin embargo, se había salido con la suya.

Y allí estaba en ese momento, destinada desde hacía dos semanas a la unidad Catturandi de la Policía Judicial de Palermo, a petición oficial del director de la Policía y con un motivo más

que legítimo: el de haber dedicado seis años de su vida a la busca y captura de Salvatore Fratta, alias Bazzuca, y toda su banda. Hasta que la muerte fingida de este último, que ella era la única que —pese a todas las pruebas— se había empeñado siempre en no creer, había puesto fin a aquella investigación. Los últimos acontecimientos, sin embargo, le habían dado la razón. El caudal de información que Vanina Garrasi conservaba grabado a fuego en la mente era tan vasto que la subcomisaria se había convertido en alguien indispensable para sus colegas, los cuales se habían visto obligados a atar cabos otra vez y poner en marcha una nueva caza del prófugo.

Ese día, precisamente, tocaban a su fin las dos semanas. Al jefe de la Policía de Palermo —que sabía, y mucho, de prófugos— no le habría importado en absoluto alargar el traslado de Garrasi, lo que apoyaba también el comisario Corrado Ortès.

Pero Vanina, al parecer, no tenía intenciones de quedarse.

La reunión había empezado en el despacho de Ortès, una sala con vistas a la plaza de la Victoria y al vecino parque de Villa Bonanno, cuyas paredes estaban decoradas con reliquias pertenecientes a los prófugos capturados a lo largo de los años. Una vitrina contenía un bastón, otra una camiseta y otra un fusil. En lo alto de una librería había un casco de moto. Objetos de los cuales estaban más que orgullosos quienes habían participado en aquellas operaciones. Poco después, el grupo se había trasladado a la planta baja, donde se hallaba el despacho del jefe de la Judicial.

La unidad encargada de descubrir el paradero de Bazzuca estaba formado por cinco elementos, más el director. Entre ellos, además de dos agentes de policía, un inspector y una ins-

pectora, estaba Angelo Manzo —un excolaborador de Vanina con el que la subcomisaria seguía manteniendo lazos de amistad—, recién ascendido a subinspector.

Vanina asistía a la reunión sabiendo que, para ella, probablemente era la última allí. A lo largo de las dos semanas anteriores habían pasado por sus manos expedientes que nunca jamás creyó que volvería a leer. Seis años de investigación y numerosos arrestos, tres de los cuales habían representado para ella una enorme venganza personal, aunque se habría dejado cortar un brazo antes que admitirlo.

—Entonces —recapituló el jefe de la Judicial— se confirma que Fratta estaba en aquella casa.

—Sí, jefe. Lo más gordo lo habían limpiado y no hemos encontrado objetos personales, pero nuestro colega de la Científica ha conseguido extraer ADN de una galleta salada que se había quedado entre los cojines de un sillón. Se corresponde con el de Fratta, que se archivó durante la investigación previa a su presunta muerte. Y eso demuestra que Bazzuca estuvo allí. En el colchón se encontró un pelo largo. También extrajeron una muestra de ADN y pertenece a una mujer.

—Cuya identidad no conocemos, claro.

—Por desgracia, no.

—Pero en la casa vivía alguien hasta poco antes de nuestra irrupción —concluyó el jefe.

Ortès asintió.

La casa que un colaborador de la justicia había señalado como la madriguera en la que se ocultaba Bazzuca formaba parte de una especie de residencia de verano al parecer deshabitada. El piso en el que teóricamente había vivido el prófugo de la justicia parecía en orden. Pese a que la corriente estaba desconectada, el calentador de agua aún estaba tibio. Y, en general, la casa no estaba tan fría y húmeda como sería

de esperar en esa época del año. Vanina fue la primera en fijarse en la solitaria bolsa de basura que ocupaba el único contenedor cercano. En su interior, habían encontrado restos de pollo al horno que aún no se habían descompuesto, hojas de lechuga todavía fresca y un corazón de manzana que parecía muy reciente, así como una pastilla medio escondida entre los restos de comida: tras analizarla, la Científica concluyó que se trataba de un fármaco hipoglucemiante. Tal vez los demás no hubieran tenido tiempo de descubrirlo, pero Vanina recordaba perfectamente que Salvatore Fratta era diabético.

—Corrado, sabes lo que eso significa, ¿verdad? —dijo el director.

Ortès asintió.

Todos sabían lo que significaba. Y a nadie le gustaba.

El teléfono de Vanina empezó a vibrar y mostró en primer plano a un resuelto inspector Carmelo Spanò. El mejor brazo derecho que pudiera desear la Judicial etnea.

—Spanò —respondió en voz baja, al tiempo que salía de la habitación.

—Buenos días, subcomisaria. ¿Aún está en Palermo?

—Sí, ¿por qué?

—Nos acaba de caer encima un marrón importante.

Vanina ajustó la puerta y se alejó un poco.

—¿Qué ha pasado?

—Esta mañana temprano han encontrado un cadáver en uno de los aparcamientos del aeropuerto. Los de Vigilancia Aduanera nos han llamado hace un momento, porque parece que tenemos que ocuparnos nosotros.

—¿Cómo ha muerto?

—Arma de fuego. Estaba dentro de su coche. De momento no sabemos más.

—¿Y qué dice Macchia?

Durante el periodo en el cual Vanina se había ausentado, el comisario principal, Tito Macchia, había confiado formalmente la unidad de Delitos contra la Persona al director de la Sección del Crimen Organizado, pero en la práctica se ocupaba él mismo.

—Ha dicho que vayamos, que él nos alcanza más tarde. Tenga en cuenta que a la velocidad que conduce Bonazzoli, nosotros estaremos allí dentro de cinco minutos. Siempre que sobrevivamos, que a Fragapane lo veo un poquitín nervioso.

Vanina sonrió. Veía al suboficial Fragapane justo como si lo tuviera delante y se lo imaginaba a merced de Marta Bonazzoli y su conducción desenvuelta, por así llamarla: sentado en el centro del asiento posterior, con los brazos abiertos como si fuera Cristo en la cruz y las manos aferradas a los asideros de las puertas para soportar lo mejor posible los bandazos del coche de servicio por una carretera que más bien parecía un camino de cabras.

—Llamadme en cuanto lleguéis. Yo vuelvo esta tarde a Catania.

En el coche se oyó una ovación, seguida de aplausos.

—Disculpe, jefa, estamos con el manos libres —aclaró Spanò.

—No me diga. Por casualidad no estará también Lo Faro por ahí, ¿verdad?

—Sí, jef... subcomisaria —se corrigió el agente, que ansiaba desde hacía un año el privilegio de llamarla «jefa» pero que, por un motivo u otro, nunca conseguía ganárselo.

Vanina sacudió la cabeza. El que es tonto...

—Lo Faro, tú eres masoquista, ¿no?